

UN MUNDO PARA RESPIRAR

Érase un niño que crecía, lleno de sol y fantasía, rodeado del verde y fresco aire de la naturaleza, embargado de poesía, que embellecía el mundo en que vivía.

Érase un hombre que existía, lleno de ambición y preocupación, sin mirar el mundo que lo sostenía, comenzó a talar, a fabricar, a matar... intoxicando el aire, olvidando lo esencial... lo vital.

El niño comenzó a sentir el nefasto aire que invadía sus pulmones... el hombre sentía que nada era suficiente, amasaba fortuna transformando lo natural en artificial, sin mirar más allá, dirigiendo al corazón del planeta sus cañones.

El niño comenzó a tener una mirada triste, no veía árboles, no escuchaba el viento, sentía la presión del humo en un cielo que ya no era perfecto...

Enfermaban juntos, el niño y su mundo... cuando el pequeño cayó al hospital, el hombre tuvo que detenerse para mirar...

- Papá... ya no puedo respirar

Su corazón por un momento dejó de palpar, reconoció en los ojos de su hijo un dolor que no era sólo físico, sino de desconsuelo; miró las fotos de antaño que la madre puso en su velador: las mejillas llenas de color en un paisaje que emitía no sólo calor, sino felicidad y amor. Al lado de la foto había una Biblia abierta, seguramente fue Providencia, porque sus ojos se posaron en la frase que lo puso en alerta:

- “no profanes la tierra que habitas”

Su corazón se abrió de par en par, dolió, pero necesitaba pensar... supo con la certeza de un profeta, que para poder salvar lo que más amaba debía sanar la tierra en la cual ambos habitaban, pues sólo la determinación del mismo hombre que dañó la tierra, es la que debe curar las llagas que han sido abiertas.

Érase un niño que volvía a respirar... Érase un hombre que trabajó para que el verde y fresco aire volviera a circular, buscando quien se sume a esta cruzada que es de amor, de vida y retribución al mundo que nos cobija gracias a la bondad de Nuestro Señor.

Paola Patricia Araya Araya